

Fernando Pessoa: obra poética

POEMAS DE ALBERTO CAEIRO

II

El Tajo es más bello que el río que corre por mi pueblo,
pero el Tajo no es más bello que el río que corre por mi pueblo
porque el Tajo no es el río que corre por mi pueblo.

El Tajo tiene grandes naves
y en él navegan todavía,
para aquellos que en todo ven lo que ya no es,
memorias de las naos.

El Tajo baja de España
y entra en el mar de Portugal.
Eso toda la gente lo sabe.
Pocos saben cuál es el río de mi pueblo
y hacia adónde va
y de dónde viene.
Y por eso, porque es de menos gente,
es más libre y más ancho el río de mi pueblo.

Por el Tajo se va hacia el mundo.
Más allá del Tajo está América —
y la fortuna, para los afortunados.
Nadie ha pensado nunca en lo que hay
más allá del río de mi pueblo.

El río de mi pueblo no hace pensar en nada.
Aquel que está a su orilla está sólo a su orilla.

III

Ayer en la tarde un hombre de ciudades
hablaba a la puerta de la posada.
También hablaba conmigo.

Hablaba de la justicia y de la lucha por la justicia
y de los obreros que sufren
y del trabajo constante y de los que tienen hambre
y de los ricos que dan la espalda a todo esto.

Al volverse hacia mí, vio lágrimas en mis ojos.
Y se sonrió, pensando que yo sentía
el odio que él sentía, la compasión
que él decía que sentía.

(Yo lo oía apenas.
¿A mí qué me importan los hombres
y lo que sufren o creen sufrir?
Si fuesen como yo no sufrirían.
Todo el mal del mundo viene
de torturarnos los unos a los otros,
querer hacer el bien, querer hacer el mal.
A mí me basta con mi alma y la tierra y el cielo.
Querer más es perder esto, es la desdicha.)

Y lo que yo estaba pensando
mientras hablaba el amigo de los hombres
(y eso me conmovió hasta las lágrimas)
era en cómo el murmullo lejano de los cencerros
en ese atardecer
no se parecía a las campanas de una capilla
en donde oyesen misa flores y regatos
y las almas simples como la mía.

(Loado sea Dios porque no soy bueno
y tengo el egoísmo natural de las flores
y de los ríos que siguen su camino
preocupados, sin saberlo,
sólo en florecer y correr.
Ésa es la única misión del mundo,
ésa — existir claramente
y saber hacerlo sin pensar en ello.)

Y el hombre callaba, mirando al poniente.
¿Más qué tiene en común el poniente con el que odia y ama?

POEMAS DE ALVARO DE CAMPOS

TABAQUERÍA

No soy nada.
Nunca seré nada.
No puedo querer ser nada.
Aparte de esto, tengo en mí todos los sueños del mundo.

Ventanas de mi cuarto,
cuarto de uno de los millones en el mundo que no saben quién son
(y si lo supiesen ¿qué sabrían?)
Ventanas que dan al misterio de una calle cruzada constantemente por la gente,
calle inaccesible a todos los pensamientos,
real, imposiblemente real, cierta, desconocidamente cierta,
con el misterio de las cosas bajo las piedras y los seres,
con el de la muerte que traza manchas húmedas en las paredes,
con el del destino que conduce el carro de todo por la calle de nada.

Hoy estoy vencido como si supiese la verdad,
lúcido como si estuviese para morir
y no tuviese más hermandad con las cosas que la de una despedida,
y la hilera de trenes de un convoy desfila frente a mí
y hay un largo silbido
dentro de mi cráneo
y hay una sacudida en mis nervios y crujen mis huesos en la arrancada.
Hoy estoy perplejo, como quien pensó y encontró y olvidó,
hoy estoy dividido entre la lealtad que debo
a la Tabacquería del otro lado de la calle, como cosa real por fuera,
y la sensación de que todo es sueño, como cosa real por dentro.

Fallé en todo.
Como no tuve propósito alguno tal vez todo fue nada.
Lo que me enseñaron
lo eché por la ventana del traspatio.
Ayer fui al campo con grandes propósitos.
Encontré sólo hierbas y árboles
y la gente que había era igual a la otra.
Dejo la ventana y me siento en una silla. ¿En qué he de pensar?

¿Qué puedo saber de lo que seré, yo que no sé lo que soy?
¿Ser lo que pienso? ¡Pienso ser tantas cosas!
¡Y hay tantos que piensan ser esas mismas cosas que no podemos ser tantos!

¿Genio? En este momento
cien mil cerebros se creen en sueños genios como yo,
y la historia no recordará, ¿quién sabe?, ni uno,
y sólo habrá un muladar para tantas futuras conquistas.
No, no creo en mí.
¡En tantos manicomios hay tantos locos con tantas certezas!

Yo, que no tengo ninguna ¿puedo estar en lo cierto?
No, en mí no creo.
¿En cuántas buhardillas y no-buhardillas del mundo
genios-para-sí-mismos a esta hora están soñando?
¿Cuántas aspiraciones altas y nobles y lúcidas—
—sí, de veras altas y nobles y lúcidas—
quizá realizables
no verán nunca la luz del sol ni llegarán a oídos de la gente?

El mundo es para los que nacieron para conquistarlo
 no para los que sueñan que pueden conquistarlo, aunque tengan razón.
 He soñado más que todas las hazañas de Napoleón.
 He abrazado en mi pecho hipotético más humanidades que Cristo.
 He pensado en secreto más filosofías que las escritas por ningún Kant.
 Soy y seré siempre el de la buhardilla,
 aunque no viva en ella.
 Seré siempre *el que no nació para eso*,
 seré siempre sólo *el que tenía algunas cualidades*,
 seré siempre el que aguardó que le abrieran la puerta frente a un muro que no tenía puerta,
 el que cantó el cántico del Infinito en un gallinero,
 el que oyó la voz de Dios en un pozo cegado.

¿Creer en mí? Ni en mí ni en nada.
 Derrame la naturaleza su sol y su lluvia
 sobre mi ardiente cabeza y que su viento me despeine
 y después que venga lo que viniera o tiene que venir o no ha de venir.
 Esclavos cardíacos de las estrellas,
 conquistamos al mundo antes de levantarnos de la cama;
 nos despertamos y se vuelve opaco;
 salimos a la calle y se vuelve ajeno;
 se vuelve el sistema solar y la Vía Láctea y lo Indefinido.

(Come chocolates, muchacha,
 ¡come chocolates!
 Mira que no hay metafísica en el mundo como los chocolates,
 mira que todas las religiones enseñan menos que la confitería.
 ¡Come, sucia muchacha, come!
 ¡Si yo pudiese comer chocolates con la misma verdad con que tú los comes!
 Pero yo pienso y, al arrancar el papel de plata, que es de estaño,
 echo por tierra todo, mi vida misma.)

Queda al menos la amargura de lo que nunca seré,
 la caligrafía rápida de estos versos,
 pórtico que mira hacia lo Imposible.
 Al menos me otorgo a mí mismo un desprecio sin lágrimas,
 noble al menos por el gesto amplio con que arrojo,
 sin prenda, la ropa sucia que soy al tumulto del mundo
 y me quedo en casa sin camisa.
 (Tú que consuelas y no existes, y por eso consuelas,
 diosa griega, estatua engendrada viva,
 patricia romana, imposible y nefasta,
 princesa de los trovadores, escotada marquesa del dieciocho,
 cocotte célebre del tiempo de nuestros abuelos,
 o no sé cuál moderna —no acierto bien la cuál—,
 sea lo que sea y la que seas, ¡si puedes inspirar, inspírame!
 Mi corazón es un balde vacío.
 Como invocan espíritus los que invocan espíritus invoco,
 me invoco a mí mismo y nada aparece.
 Me acerco a la ventana y veo la calle con una nitidez absoluta.
 Veo las tiendas, la acera, veo los coches que pasan,
 veo los entes vivos vestidos que pasan,
 veo los perros que también existen,
 y todo esto me parece una condena a la degradación
 y todo esto, como todo, me es ajeno.)

Viví, estudié, amé y hasta tuve fe.
 Hoy no hay mendigo al que no envidie sólo por ser él y no yo.

En cada uno veo el andrajo, la llaga y la mentira.
 Y pienso: tal vez nunca viviste, ni estudiaste, ni amaste, ni creíste
 (porque es posible dar realidad a todo esto sin hacer nada de todo esto),
 tal vez has existido apenas como la lagartija a la que le cortan el rabo
 y el rabo salta, separado del cuerpo.

Hice conmigo lo que no sabía hacer
 y no hice lo que podía.
 El disfraz que me puse no era el mío.
 Creyeron que yo era el que no era, no los desmentí y me perdí.
 Cuando quise arrancarme la máscara,

la tenía pegada a la cara.
 Cuando la arranqué y me vi en el espejo,
 estaba desfigurado.
 Estaba borracho, no podía escaparme de mi disfraz.
 Me quedé afuera y me dormí en el guardarropa
 como un perro tolerado por la gerencia
 por ser inofensivo.
 Voy a escribir este cuento para probar que soy sublime.

Esencia musical de mis versos inútiles,
 quién pudiera encontrarte como cosa que yo hice
 y no encontrarme siempre enfrente de la Tabacquería de enfrente.

Pisan los pies la conciencia de estar existiendo
 como un tapete en el que tropieza un borracho
 o la esterilla que se roban los gitanos y no vale nada.

El dueño de la Tabacquería aparece en la puerta y se instala contra la puerta.
 Con la incomodidad del que tiene el cuello torcido,
 con la incomodidad de un alma torcida, lo veo.
 Él morirá y yo moriré.
 Él dejará su rótulo y yo dejaré mis versos.
 En un momento dado morirá el rótulo y morirán mis versos.
 Después, en otro momento, morirán la calle donde estaba pintado el rótulo
 y el idioma en que fueron escritos los versos.
 Después morirá el planeta girante en donde pasó todo esto.
 En otros planetas de otros sistemas algo parecido a la gente
 continuará haciendo cosas parecidas a versos,
 parecidas a vivir bajo un rótulo de tienda,
 siempre una cosa frente a otra cosa,
 siempre una cosa tan inútil como la otra,
 siempre lo imposible tan estúpido como lo real,
 siempre el misterio del fondo tan cierto como el misterio de la superficie,
 siempre ésta o aquella cosa o ni una cosa ni la otra.

Un hombre entra en la Tabacquería (¿para comprar tabaco?),
 y la realidad plausible cae de repente sobre mí.
 Me enderezo a medias, enérgico, convencido, humano,
 y se me ocurren estos versos en que diré lo contrario.

Enciendo un cigarro al pensar en escribirlos
 y saboreo en el cigarro la libertad de todos los pensamientos.
 Fumo y sigo al humo como mi estela,
 y gozo, en un momento sensible y alerta,
 la liberación de todas las especulaciones
 y la conciencia de que la metafísica es el resultado de una indisposición.
 Y después de esto me reclino en mi silla
 y continúo fumando.
 Seguiré fumando hasta que el destino lo quiera.

(Si me casase con la hija de mi lavandera
 quizá sería feliz.)
 Visto esto, me levanto. Me acerco a la ventana.
 El hombre sale de la Tabacquería (¿guarda el cambio en la bolsa del pantalón?),
 ah, lo conozco, es Esteva, que ignora la metafísica.
 (El dueño de la Tabacquería aparece en la puerta.)
 Movido por un instinto adivinatorio, Esteva se vuelve y me reconoce;
 me saluda con la mano y yo le grito ¡Adiós, Esteva! y el universo
 se reconstruye en mí sin ideal ni esperanza y el dueño de la Tabacquería sonríe.

ESCRITO EN UN LIBRO ABANDONADO EN UN TREN

Vengo de las afueras de Beja.
 Voy hacia el centro de Lisboa.
 No traigo nada y no encontraré nada.
 Cansancio anticipado de no encontrar nada,
 mi nostalgia no es por el pasado ni por el futuro.
 Dejo escrita en este libro la imagen de mi muerto designio:
fui como la hierba y no me arrancaron.

ODAS DE RICARDO REIS

II

La noche yo no canto porque en noche
mi canto ha de acabar y el sol que canto.
No ignoro lo que olvido,
canto por olvidarlo.

¡Si detener pudiese, fuera en sueño,
la carrera del sol, reconocirme,
insensato, gemelo
de la hora inmortal!

VI

Sólo pido a los dioses me concedan
nada pedirles. Yugo
es la dicha, cadena la ventura:
toda certeza oprime.
Ni quieto ni agitado, suspendido
en la ola del tiempo,
sea mi ser idéntico a sí mismo.

VII

Lidia: ignoramos. Somos extranjeros
allí donde pisamos.
Lidia: ignoramos. Somos extranjeros
allí donde morimos.

Todo es ajeno y habla lengua extraña.
Contra injuria y tumulto
hagamos una ermita de nosotros.
El amor ¿qué más quiere?
Un sagrario sagrado por nosotros.

POEMAS DE FERNANDO PESSOA

CANCIONERO

I

Hojas, audible sonrisa,
apenas rumor de viento.
Si yo te miro y me miras,
¿quién primero se sonríe?
El primero luego ría.

Ríe y mira de repente,
lo mira por no mirar,
entre las hojas tupidas
el son del viento pasar.
Todo es disfraz, todo es viento.

El mirar, que está mirando
adonde no ve, se vuelve:
estamos los dos hablando
lo que no se conversó.
¿Esto se acaba o empieza?

V

Otro, ser otro siempre,
viajar, pender países,
vivir un ver constante,
alma ya sin raíces.

Ir al frente de mí,
ansia de conseguir,
ya sin pertenecerme,
la ausencia que es seguir.

¡Viajar así, que viaje!
Sólo en sus pensamientos
mi pensamiento viaja:
el resto es tierra y cielo.

VII

Soy un evadido.
Luego que nací
en mí me encerraron
pero yo me fui.

La gente se cansa
del mismo lugar,
¿de estar en mí mismo
no me he de cansar?

Mi alma me busca
por montes y valles.
Ojalá que nunca
mi alma me halle.

Ser uno es cadena,
no ser es ser yo.
Huyéndome vivo
y así vivo estoy.

Dos sonetos de "La tumba de Cristián Rosencreutz"

II

Aquí, donde vagar irreal somos,
soñamos la verdad y lo que somos.
Si dormimos la vemos, es un sueño —
no la verdad: su imagen — lo que vemos.

Sombras buscando cuerpo, ¿si lo hallamos,
cómo sentir su ser, cómo palparlo?
Sombras manos de sombra ¿qué tocamos?
El vacío tocamos, una ausencia.

¿Quién de esta alma cerrada nos libera?
Oímos, mas no vemos, en la sala
contigua, al ser: ¿quién abrirá la puerta? ...

... Quieto en su falsa muerte ante nosotros,
cerrado el libro sobre el pecho expuesto,
el padre Rosacruz sabe y se calla.